

## LA LIBERTAD EN AMÉRICA. FRANCISCO DE MIRANDA Y VARGAS LLOSA

JUAN JESÚS ARMAS MARCELO

*(Discurso de ingreso como Académico Correspondiente)*

El 28 de marzo de 1750 nace en un barrio muy céntrico de Caracas, Venezuela, Francisco de Miranda Rodríguez, que por los siglos sería conocido en la Historia del mundo como “el Precursor de la Independencia de América”, frente por frente de Simón Bolívar, llamado, también por los siglos de los siglos, “El Libertador”. La aventura vital de Francisco de Miranda es impresionante. Hijo de canario enriquecido y de caraqueña, no tiene (y tampoco su padre) pureza de sangre, lo que, sin duda, condicionará durante toda su vida la manera de interpretar el mundo, su forma de estar en el mundo y de reclamar un lugar en la Historia de la Humanidad. Miranda escribió más de 70 libros que forman hoy su gran Archivo Monumental, fue teniente general de la Revolución Francesa, para la que tomó la ciudad de Amberes, coronel de la guardia rusa de Catalina la Grande, Generalísimo de Venezuela y, antes, anduvo en guerras en Melilla contra la morisma y en Pensacola contra los ingleses. Gozó de la amistad de las principales personalidades políticas, militares e intelectuales del Siglo de las Luces, fue perseguido por la Santa Inquisición por hereje y traidor, ideó y formuló en sus escritos los Estados Unidos de América del Sur, habló varias lenguas, tuvo cumplida leyenda de cientos de amantes y murió a unos kilómetros de aquí, en agosto de 1816, encerrado en una cárcel de La Carraca, en la prisión militar de las Cuatro Torres, en la llamada —precisamente por él— Torre Miranda, cuando el rumor extendido por toda la Corte de Madrid hasta llegar a Cádiz era que el Rey de España iba a perdonarlo y a excarcelarlo, aunque me temo que todo fue eso: un rumor de la Corte que se quedó en humo.

De todas las grandes aventuras de Miranda, la mayor fue sin duda la aventura de la libertad, su verdadero y enorme amor a lo largo y ancho de toda su vida. Aventurero y luchador, cambió varias veces de bando, una con los republicanos franceses (que lo condenaron dos veces a muerte en la época de Robespierre) y otra con los ingleses, una con Washington y otra con Catalina la Grande, pero siempre tuvo en el punto de mira la libertad de América, su gran obsesión, su gran destino perdido; destino obsesionante y principio absoluto a los que sometía cualquier otra apetencia. Observado y estudiado hoy, tras correr los siglos, y comparado con el gran genio militar de Bolívar el Libertador, Miranda es un hombre de la libertad, mientras que Bolívar es un hombre de poder. Para Miranda, pues, la palabra clave se escinde en dos: libertad y América. Para Bolívar, la libertad es su poder y América pertenece a su clase social. Un ejemplo: Miranda, idealista y revolucionario, no es partidario de la esclavitud, sino todo lo contrario; Bolívar, por clase y entendimiento del mundo, por intereses y educación, es esclavista hasta bien avanzada su aventura vital. Miranda tiene un principio: la libertad. Simón Bolívar tiene otro: el poder. Miranda es un ilustrado. Bolívar es un romántico, si tenemos que considerarlo dentro de alguna escuela histórica. Hay, naturalmente, muchos Miranda, como hay, y es también lógico, muchos Bolívar; para uno, el principio de la libertad está por encima del poder; para Bolívar, sin embargo, el principio del poder está por encima de la libertad. Uno y otro terminaron de igual modo trágico: traicionados por los suyos, uno en la cárcel del exilio y otro, Bolívar, camino del mismo extravío.

La gran diferencia entre estos dos gigantes de la Historia, entre muchas otras que venimos señalando, es que la tragedia de uno, Simón Bolívar, lo convierte en el Gran Prócer de la libertad en América por los siglos de los siglos; la tragedia de Miranda, a pesar de la inmensa bibliografía que hay sobre él (su vida, su tiempo, sus escritos, sus mujeres, sus viajes y sus lecturas), es la del héroe trágico, la tragedia de un héroe sofocleo: el general aqueo Áyax (o Ayante).

Al final de la guerra de Troya, tras diez años de asedio y después de la muerte de Aquiles, la herencia de las armas del gran guerrero griego pertenece legítimamente a Áyax. Pero al astuto Odiseo (llamado también Ulises) le pueden las apetencias sobre esa herencia y quiere saltarse la legitimidad. Con ayuda de los dioses del Olimpo y, especialmente, con el favor de su benefactora, la diosa Atenea, consigue que Áyax cometa el pecado de soberbia excesiva que los clásicos griegos llamaron *hybris*. El mecanismo trágico es bien sencillo: los dioses enloquecen a Áyax; lo hacen cometer todo tipo de desmanes contra su propio ejército, le quitan el tino, lo confunden y, finalmente, como en el Quijote de Cervantes, le devuelven la cordura para que caiga en la cuenta de sus errores imperdonables y tome él mismo, Áyax, la determinación fatal de suicidarse. He ahí el héroe trágico.

Tengo para mí que Miranda es uno de los equivalentes históricos del mitológico héroe sofocleo. ¿Cuál es error de Miranda en la construcción de la libertad en América? Creer que, tras cuarenta años fuera de su país, el pueblo y las clases privilegiadas lo van a recibir como un héroe largamente esperado, y no como realmente lo recibieron: con todo tipo de reticencias, sospechas y rumores de traición. Y hay un segundo punto, tan importante como el primero, en la tragedia histórica y humana de Miranda: creer que el pueblo venezolano estaba tan preparado como el francés para la revolución de la libertad que enarbolaba. Por eso trae en la expedición del “Leandro” (embarcación que, acompañada por otras, conforma el ejército libertador de la invasión de Venezuela), la luminaria de los tiempos en aquel momento: una imprenta española. Miranda no concibe una revolución sin imprenta para pasquines y panfletos, porque no concibe algo tan elemental como olvidado por él, un ilustrado francés, idealista, que sueña llevar los principios libertarios de la Revolución Francesa a Venezuela, en primer lugar, y a América entera, en segundo lugar. Ni siquiera sospecha que el pueblo venezolano no sabe leer y que incluso los mantuanos lo hacen mal y a desgana. No sabe que va a encontrarse con la incultura, con el infierno del subdesarrollo, y no tiene en cuenta que su aventura desde el principio será para él una tragedia. Plantea muy mal el problema, desarrolla peor sus argumentos hipotéticos y, finalmente y lo peor, el desastre es total: los venezolanos lo tienen por espía, por traidor y por ladrón del tesoro de la incipiente República. En esta tragedia, Simón Bolívar hace de Odiseo: los dioses de carne y hueso, la suerte, la traición y las clases sociales influyentes se pondrán de su parte. El mismo Simón Bolívar será quien entregue (y, desde luego, traicione) a Miranda a la autoridad española, el capitán Monteverde. Lo hace a cambio de un salvoconducto para él y los suyos para huir de la matanza que propone el español, Monteverde. Pero aquí lo esencial es que el astuto Simón Bolívar es el gran beneficiario, el Ulises de la ocasión histórica, en la tragedia de Francisco de Miranda.

Bien. ¿Y cuál es el concepto que Francisco de Miranda tiene de la libertad? El más extenso y profundo que puede tener un ilustrado europeo en la época del siglo de las Luces. Era jacobino, pero sus amigos, los que lo salvaron de los suyos, fueron los girondinos, que eran sus verdaderos amigos, mientras los jacobinos lo persiguieron durante toda la vida y lograron condenarlo a muerte dos veces. Su concepto, pues, de libertad es el más ancho de la época y toda la sustancia de ese concepto sale del desarrollo que hace la Revolución Francesa de la

libertad y del que luego, en la Constitución norteamericana, invocarán y harán ley máxima los Padres Fundadores de lo que hoy son los Estados Unidos de América. En el inmenso Archivo personal de Miranda puede seguirse el viaje interminable de ese concepto de la libertad para América y para el mundo con todo género de detalles. Ya he dicho que en esa libertad no cabe la esclavitud, que no representaba para Bolívar ningún pecado de lesa humanidad. Para los revolucionarios franceses, en cambio, la esclavitud y el esclavismo era un sacrilegio que tenía que desaparecer de la vida del ser humano sin ninguna tardanza, so pena de condenar a la guillotina a los que se saltaran la ley de la libertad francesa como si no existiera. En Norteamérica, sin embargo, tuvo que llegar Lincoln para que la esclavitud fuera desterrada de la vida cotidiana y castigada con duras penas por la ley.

Miranda, en la escritura de aquella hipotética Constitución de la América hispana, siguió la línea de los revolucionarios franceses más radicales, y no sin razón el historiador e intelectual español Juan Marichal pudo sostener que el venezolano de origen era el mundano que tuvo la conciencia de ser el primer americano moderno. De modo que sí, Miranda pensó América desde la libertad de la Revolución y desde los textos y conocimientos de la Ilustración. Y su gloria por ese lado, es decir, el reconocimiento que le hacemos, fue su desgracia, en la medida en que se encontró con unos pueblos y un continente, unos países, que no estaban preparados para perder el miedo y despojarse los supuestos nobles, de los privilegios seculares de los que gozaban. Ya se sabe lo que pensaban los revolucionarios franceses de la nobleza. Lo mismo pensaba Miranda: que esa clase tenía que ser erradicada de la Historia del hombre en beneficio del progreso y la libertad. Es fantástico comparar aquel concepto de la libertad de los ilustrados del Siglo de las Luces con nuestros propios tiempos. La libertad se ha ido ampliando o encogiendo según los momentos y las épocas históricas que hemos vivido, pero lo que hoy llamamos libertades burguesas, o libertades convencionales, son nuestras libertades democráticas, que vienen directamente de la Revolución Francesa, precisamente la letra y el espíritu que impregnan la mentalidad de Francisco de Miranda y Rodríguez. Miranda, pues, entendía que la libertad, la individual y la colectiva, era la clave de un Estado de Derecho moderno, el cimiento firme sobre el que construir un futuro en el que nadie fuera esclavo de nadie y en que todos estuvieran cómodos con la misma justicia y el trato que esa justicia daba por igual a todos los que tuvieran la condición de ciudadanos.

Por ese mismo concepto de libertad que queda explícito en el Archivo del venezolano más universal de la Historia, podemos asegurar que Miranda es uno de los constructores del mundo moderno, de la democracia que hasta ahora, aunque imperfecta, ha llegado hasta nosotros, la misma que nosotros practicamos, con muy pocas variantes de aquella desarrollada por Miranda en sus escritos. Y podemos asegurar, sin temor a ningún error, que Francisco de Miranda no era solo un guerrero y un magnífico escritor ilustrado, y un insaciable viajero, y un curioso espectador de su mundo, sino también un profundo pensador de su tiempo y un conocedor de la condición humana en casi todas las partes del mundo por el que viajó. Ahí está, pienso yo, pensamos nosotros, toda la vigencia de su pensamiento y sus escritos, en la asombrosa frescura de su modernidad, en la inteligente puesta en marcha de una técnica, la de la libertad, que hacía de los seres humanos ciudadanos tratados por igual ante la ley, con el mismo rango y la misma jerarquía civil todos nosotros y todos ellos, los revolucionarios de aquel tiempo que nos han legado las libertades que hoy tenemos en nuestra vida cotidiana. También, por eso, pues, por su concepto de la libertad, por el sentido de magisterio ilustrado y por su capacidad para vislumbrar el futuro, habrá que tener en cuenta por los siglos de los siglos, y no solo en el Arco de Triunfo de París, donde luce su nombre al lado de otros gloriosos revolucionarios, el nombre y la obra de Francisco de Miranda Rodríguez, militar en el más alto grado, escritor ilustrado que

hablaba y escribía en cuatro lenguas, más la latina y el griego, hombre de mundo y viajero incansable.

No es, pues, casualidad que el Simón Bolívar mejor, el de la madurez, dejados en la cuneta los fantasmas de su clase social y su educación de niño fresa de los mantuanos, retome las ideas de Miranda y las haga suyas: las de la libertad, con algunos matices fundamentales a favor de Miranda, y las de la Independencia de América. No en vano fue Miranda quien lo introdujo en la masonería, Miranda quien lo ascendió al puesto de coronel en la plaza de Puerto Cabello, Miranda quien ejerció para la Historia, junto a Simón Rodríguez, como maestro del Libertador, que también, y a pesar de sus glorias militares, fracasó en su intento de crear una América continental e insular unida en la Independencia y paralela a la creada por los Estados Unidos de América. No en vano se atribuye a Bolívar haber pensado el Canal de Panamá para América, cuando en realidad ese proyecto era de Miranda, que lo vio exactamente por donde luego lo comenzaría, con graves errores, el iluminado francés Ferdinand de Lesseps, que se arruinó totalmente en el intento de construirlo por no haberse dado cuenta del desnivel existente entre los dos mares y las dos orillas, la del Pacífico y la del Atlántico. Ahí, en el Atlántico, y en un lugar que hoy es puerto franco y ayer fue un puerto de entrada de esclavos, había situado la gran capital de la América hispana libre e independiente el ilustrado Francisco de Miranda. Ahí, en el futuro que todavía está por llegar, había situado Miranda la capital central de la libertad americana.

Al final tenía toda la razón Napoleón Bonaparte al describir a Francisco de Miranda como el “Quijote de América”. El universal personaje de Cervantes caminó con Rocinante por toda La Mancha, ese mundo, mitad terrenal y mitad fantástico, en el que el demacrado y ansioso caballero dejó su impronta de aventurero que, en su aparente o real demencia, no le hacía ascos a ninguno de los obstáculos que se le presentaban todos los días. Aventuras insólitas, tareas frustrantes, enfermedades verdaderas o simples imaginaciones del caballero camino de la gloria. Todo, desde el sufrimiento hasta el peligro de muerte, todo para que Dulcinea, esa etérea mujer perseguida por el caballero, se deje enamorar por el más pasional de los aventureros que en el mundo literario y real ha existido nunca. Para el Quijote el amor lo era todo, desde la vida a la libertad. Dije antes que Miranda era un héroe trágico. También lo es el Quijote. Todos sus esfuerzos son inútiles en su vida de aventurero. Triunfa después de su muerte, cuando se supone que ha recuperado la cordura, aunque yo no estoy tan seguro de eso, sea dicho de paso. Nunca conquistará a Dulcinea, pero por su vida y sus ajetreos conseguirá pasar a la Historia memoriosa de los hombres como un estereotipo de la libertad, la valentía, la aventura y el amor. A poco que nos fijemos, llegaremos a la misma conclusión que Bonaparte: que Miranda era el Quijote de América. Se aventuró por el mundo entero buscando dinero para la causa de la libertad; fue condenado a muerte y tildado de traidor y ladrón; persiguió la libertad con el ansia de quien no puede descansar hasta abrazarla para él y para sus contemporáneos. Era, pues, un loco de la libertad, la libertad era su amor, su vida, su aventura y su gran reflexión. Fracasó en su vida, pero quedó para siempre en la memoria de América y del mundo, y no sin razón el historiador Juan Marichal podrá decir, sin temor a equivocarse, que Francisco de Miranda fue el primer americano con conciencia de serlo.

El 28 de marzo, el mismo día que nació Miranda en Caracas, pero en 1936, algunos años después, nació en la ciudad levantisca y blanca de Arequipa, en Perú, Mario Vargas Llosa, escritor, novelista y polemista político, a quien le fue concedido el Premio Nobel de Literatura por parte de la Academia Sueca a las 13 horas del día 7 de octubre de 2010. Desde el Indio Garcilaso hasta César Vallejo y José María Arguedas, el Perú tuvo siempre una gran cantidad

de escritores de alta reputación, obra y prestigio. No en vano había sido Imperio con los aborígenes incas, fue Virreinato con España y sus universidades fueron y siguen siendo un vivero excepcional de intérpretes del mundo moderno, de escritores, profesores y técnicos de primera dimensión. Solo un abuso histórico de las clases dirigentes, con el consecuente crecimiento de la injusticia y la miseria, ha hecho imposible hasta hoy que el Perú haya estado situado a la cabeza del mundo americano y del mundo entero. Eso y la división racial, el mundo urbano y el mundo selvático, la dicotomía que todavía lucha en tierras peruanas por conseguir una síntesis que abra para todos por igual el camino del futuro. Para Vargas Llosa su país es el país “de las mil caras”, aquella tierra donde el mestizaje ha sido tan profundo que incluso hay un tipo de mestizo que recibe el sorprendente nombre de “No te entiendo”, es decir, no sé decir ni decirte antropológicamente quién eres y de dónde vienes exactamente.

Desde el punto de vista biográfico, Mario Vargas Llosa es el resultado extraordinario de un esfuerzo de trabajo titánico, una manía estajanovista sin límite, una curiosidad intelectual por las cosas propias y ajenas y una fe de carbonero en ese mismo trabajo y en el ser humano, en general. No podemos olvidar, ni mucho menos, en Vargas Llosa un elemento fundamental: el esfuerzo enorme de su formación interminable. Salir de Arequipa en 1936, conocer parte del Perú ya de joven, entrar en la Universidad de San Marcos cuando apenas era un adolescente, experimentar su pasión política inicial en una célula comunista universitaria llamada Cahuide, que aparece con frecuencia en su novela *Conversación en La Catedral* y en su libro autobiográfico *El pez en el agua*. No es poco salir del Perú siendo apenas un universitario y lanzarse a la aventura intelectual y vital de París con Flaubert, Víctor Hugo y Balzac como destinos irrenunciables. Querer ser Flaubert, Víctor Hugo o Balzac, cuando un escritor tiene veinte años, que eso es lo que quiero decir y dejar claro ahora, es normal en la ambición desahogada de un joven loco que quiere conquistar el cielo con la mano y acariciar la luna con sus dedos de soñador. Pero que desde que consigue seguir la estela de esos tres grandes novelistas franceses y realistas, cuando apenas tenía 21 años, hasta el día presente, Mario Vargas Llosa no haya perdido ni un minuto de su existencia en pensar otra cosa que no llegar a ser o sobrepasar a sus maestros elegidos por él mismo, parece la obra de un ser extraño que sabiéndose imperfectamente humano pretende lograr la perfección de su vida a través del ejercicio de la literatura y de la técnica de la escritura literaria.

Quienes hemos estudiado tanto su vida como su obra sabemos que en el carácter de Vargas Llosa hubo desde el principio un elemento de rebeldía contra lo que hemos dado en llamar la autoridad tradicional. A los 11 años conoció de repente a su padre, alguien que ejerció sobre él, según el novelista, una influencia que terminó por endurecer el carácter rebelde del escritor adolescente que germinaba en él. Ingresado por su propio padre, Ernesto Vargas Maldonado, en un colegio militar, el Leoncio Prado, con la idea autoritaria de que en aquel lugar “lo convertirían en un hombre juicioso y disciplinado”, la estancia en aquel centro militar logró una vez más endurecer su carácter y generarle una fuerte resistencia y rebeldía frente al estamento militar. Su juventud es la educación sentimental de un joven estudiante que quiere ser un gran escritor, para lo que comienza sus estudios en la Universidad de San Marcos y, al mismo tiempo, trabaja en periódicos y emisoras de radio.

Saltemos hacia adelante algunos años. Vargas Llosa está en París: su sueño de ser un gran escritor, que además escapa a la esclavitud del subdesarrollo cultural y económico de América y del Perú, se está cumpliendo no sin muchas dificultades. Ha ganado un premio a un libro de cuentos, y estamos en el año 1958, pero nada de eso es suficiente: ni para vivir ni para escribir. Ya sabe que la literatura es su camino hacia la libertad y hacia la vida, que es una de sus

pasiones vitales. La otra, que acecha como un bicho maligno y le quita energías que en principio pertenecen a la escritura literaria, es la pasión política. En su libro autobiográfico *El pez en el agua*, escrito después de su derrota en las elecciones presidenciales del Perú frente a un oscuro y repentino candidato llamado Alberto Fujimori Fujimori, se toma constancia de esta lucha entre Ariel, la literatura, y Calibán, la política, y cómo finalmente una derrota política representará una victoria literaria definitiva, al decidir el escritor regresar a la literatura para siempre, sin que eso, claro, signifique abandonar su intervención como ciudadano y como escritor, y desde luego como conciencia política, en los asuntos políticos de América Latina y del mundo entero.

La vida y la obra literaria y periodística de Vargas Llosa traducen una insaciable depuración de la vocación del escritor a mediados del pasado siglo XX. Traducen también la voluntad inquebrantable de un escritor que tiene como meta no solo serlo, sino convertirse también en una especie de espíritu de la contradicción y de abogado del diablo de esas mismas contradicciones personales, políticas y literarias. Siempre se dirá, por ejemplo, que el primer motor literario de Vargas Llosa, además del vicio de la lectura, era el rechazo que su padre sentía por un niño mimado que hacía versos aplaudidos por la familia Llosa como un gran descubrimiento. Actuando contra esa autoridad, y contra la educación militar, siempre se dirá que Vargas Llosa plantó los cimientos de su vocación literaria, ayudado por una también insaciable curiosidad por todas las cosas del mundo.

Siempre se dirá, pues, que Vargas Llosa escribe novelas de izquierdas y artículos de derechas; que donde realmente se ve su ideología no es en las novelas sino en los artículos y que, por tanto, es un reaccionario en toda la línea de los liberales de la escuela de Chicago. Tengo para mí que nada de eso está tan claro como a primera vista sostienen los partidarios de dos sintaxis en Vargas Llosa: la sintaxis del doctor Jekyll y la de mister Hyde. Es demasiado simplista esa afirmación. Las dos supuestas sintaxis de Vargas Llosa desembocan sin más en una sola, que es la suya propia, la del espíritu de la contradicción, la del luchador de la libertad, la del escritor vocacional al estilo francés, desde Hugo y Flaubert hasta Balzac y Zola. Una vez, en un coloquio que tuvimos en la Universidad de Sofía no hace mucho tiempo, y que recogeré en el manual cuya redacción ahora termino, titulado “Para leer a Vargas Llosa”, le pregunté que a quién de los dos elegiría hoy como gran escritor, si al Sartre que escogió en su juventud y primeras adolescencias (no olviden que sus amigos Abelardo Oquendo y Luis Loayza lo llaman “el sartrecillo valiente” en los años 50 limeños) o al pensador y escritor que escogió en sus años maduros, Albert Camus. No me respondió claramente pero sé que Vargas Llosa está mucho más cerca de Camus en estos momentos de lo que lo estuvo de Sartre en su juventud.

En aquellos años su propia juventud estaba mucho más ideologizada, y el gran árbol de Sartre y su existencialismo no dejaban ver el bosque inmenso y feraz que había en la literatura y el pensamiento de Albert Camus, que también en aquel momento fue rechazado por las izquierdas tradicionales y tildado de traidor por muchos de sus compatriotas, colegas y contemporáneos. Hoy, la figura y la obra de Camus no solo permanecen intactas para nosotros, sino que han crecido considerablemente con la claridad que nos suelen conceder los años. Hoy, Camus, sin que se haya resuelto del todo el enigma de su muerte, sigue siendo para nosotros un paradigma de la libertad, de las libertades. En ese paradigma y en ese discurso de la libertad viene a coincidir ahora, en su gran madurez creativa y en su primera *vejez* llena de curiosidad y escritura, llena, en fin, de aventuras y atrevimientos vitales e intelectuales, Vargas Llosa con Camus, al punto de haberse convertido el escritor peruano en uno de los más reconocidos conferenciantes y profesores del mundo entero y, añadido yo, en una conciencia necesaria de la libertad tal como la entendemos hoy en día los occidentales. Pero sí, ya lo sé, tengo, porque no

me queda más remedio y porque sobre todo es verdad, que añadir algunos nombres más al concepto de libertad que maneja Vargas Llosa en sus artículos y en sus novelas. Para ello, y antes que a nadie más, hay que citar a Karl Popper, el filósofo no marxista, sino libertador, autor de uno de los más importantes ensayos publicados en el siglo XX, contra el viento y las mareas de la corrección política de ideología izquierdista. Popper, uno de los sabios del siglo XX, escribió *La sociedad abierta y sus enemigos*, y ese es un ensayo capital para entender lo que podemos llamar, *grosso modo*, la ideología de Vargas Llosa, sólidamente fundida al pensamiento tradicional liberal. Cuando Vargas Llosa dice que es liberal, lo dice sabiendo que tiene que ser liberal en todo, incluso en el campo lleno de contradicciones y enigmas del mercado; cuando Vargas Llosa dice eso, se está vistiendo en ese mismo momento con una armadura quijotesca, perfectamente aceitada en sus argumentos, para lanzarse contra los molinos de viento de las constantes contradicciones de la izquierda y de la derecha tradicionales, dos dinosaurios que siguen caminando entre nosotros, en la vida cotidiana, como si no hubieran muerto ya hace tiempo. De ahí, de Isaiah Berlin, otro escritor y pensador liberal, sacaré Vargas Llosa una de las afirmaciones más discutidas de los últimos tiempos: la que dice —lo dice Berlin y lo repite Vargas Llosa— que la ideología es el producto de la única idea de los que no tienen ideas. Tremenda discusión, tremendo debate por los años de los años hasta llegar a nosotros, los de entonces, que ya no somos los mismos y que, sin embargo, podemos decir, como en el cuento de Augusto Monterroso, que cuando nos despertamos, el dinosaurio sigue ahí. Sí, el dinosaurio de las ideologías, convertidas hoy en supersticiones sectarias que reflejan el punto de irracionalidad colectiva al que hemos llegado en un mundo al que paradójicamente llamamos civilizado. La superstición de las ideologías, cada vez más cerradas cuando deberíamos esperar lo contrario, el fanatismo religioso y la incultura del nacionalismo: esos tres bichos malditos con los enemigos clásicos de la libertad, de las libertades en el mundo occidental, tal como hasta ahora la entendemos, con todos los derechos humanos sobre nuestra conciencia y sobre nuestras leyes. Tal como Berlín, Vargas Llosa dirá que el nacionalismo, ese enemigo de la libertad, no es otra cosa que la máscara del tribalismo antiguo, la llamada de la tribu, tal como lo entiende Popper en *La sociedad abierta y sus enemigos*, un arcano que nos impide ver la cantidad de ocasiones que perdemos militando en esa superstición bizca y provinciana, la misma que desde un supuesto componente de izquierdas, y el terrible componente tribal de la superioridad identitaria, proclamó a mitad del siglo XX la superioridad de la raza aria: el nazismo, la gran enfermedad criminal del nacionalismo. Sucede que el nacionalismo no es más que cultura de los que no tienen cultura y de aquellos que creen que la tienen, pero no la tienen tampoco, lo que no quiere decir que quienes sabemos que la tenemos estemos libres de esa llamada de la tribu que siempre llama a la sangre superior y a la guerra contra enemigos que si no se tienen habrá que buscarlos. Una ideología ciega, paranoica e irracional. Tengo para mí que el mestizaje total que corre por las venas de Vargas Llosa y el que se traduce intelectualmente en sus escrituras es la demostración de estar en paz con sus propias características, en donde la raza no ocupa ningún lugar, la noción de nación tampoco, sino la del pensamiento liberal, el único, que yo sepa, que se ofrece a ser puente entre tantos sectarismos de derecha y de izquierda. Conste que, en mi caso personal, no soy tan liberal como a veces parezco: soy un socialdemócrata contradictorio, federalista a fuer de jacobino, internacionalista, enemigo de las fronteras, de las naciones y de todo aquello que implique condición humillada del individuo, del ser humano. Soy, claro, ya lo sé, un desencantado de casi todo porque con casi todo se iluminó mi vida en muchas ocasiones para, como dice el bolero llamado *Historia de un amor*, apagarse después.

Pero volvamos a la libertad según Vargas Llosa. La libertad en América. Muchas de sus novelas no fueron bien entendidas en este occidente tan eurocéntrico. Por ejemplo, lo que nos quiso

decir en *Historia de Mayta*; lo que nos quiso decir, por ejemplo, en *El paraíso en la otra esquina*; lo que nos quiso decir con la escritura monumental de *La guerra del fin del mundo*. La guerra, pues, entre la libertad y el nacionalismo; la guerra entre el fanatismo y el liberalismo; la guerra entre la libertad y la humillación; la guerra entre la democracia moderna y la dictadura antigua que para perpetuarse no tiene más remedio que negar taxativa y totalitariamente todo cuanto venimos manteniendo sobre las libertades individuales y colectivas.

Tal como escribe Popper, la libertad tiene muchos enemigos. Cuanto más abierta sea la sociedad, más enemigos se le crean alrededor. Y hay que defenderse de ellos, porque son poderosos. Tan poderosos como la mediocridad del ambiente humano en nuestra sociedad de hoy (Einstein decía que su mayor descubrimiento, que el número de imbéciles entre los seres humanos es infinito, lo dejaba atónito) y tan poderosa como la corrupción, son las ideologías cerradas, el tribalismo y el nacionalismo. Ninguna de estas enfermedades tan difíciles de borrar de la faz de nuestras democracias recibe entre nosotros el tratamiento adecuado. Por eso le crecen los enemigos a la sociedad abierta y a la libertad. Por eso tiene Vargas Llosa tantos enemigos en el mundo. Y, quede dicho, tantos enemigos pasionales como amigos que lo defendemos de los enemigos. Por eso tuvo tantos enemigos en su tiempo Francisco de Miranda, el llamado Precursor de la Independencia de América, el Quijote de aquel continente que, en uno de sus exabruptos nórdicos, Pío Baroja llamó arbitrariamente “el continente tonto”.

Conviene, pues, que reflexionemos sobre la libertad. Sí, ¡viva la revolución!, viva si sabemos que esa revolución es la de la libertad, como lo fue la revolución industrial en su momento, o no es nada. ¡Viva la revolución!, sí, si es una revolución para mejorar las condiciones de vida de tantos seres humanos injustamente tratados por las clases dirigentes de sus países y las transnacionales. Viva la libertad individual, y los derechos humanos, y la ley, sí, ¡viva la ley de la libertad!, que no el llamado libertinaje, que ya nos ha costado dos repúblicas en este país, y cientos de golpes de Estado en el mundo y en nuestro mundo americano.

He escogido para este discurso de entrada en la Real Academia Hispano Americana, en el día de hoy, 23 de abril de 2014, día del idioma, la única patria que, en todo caso, podría reconocer hoy como la mía (y con bastantes reservas, sea dicho de paso), porque creo que la libertad es una de las grandes olvidadas de la democracia en América, hoy y siempre, la libertad tal como la entendía Benito Juárez, la que comienza con tus propios derechos y acaba cuando empiezan los derechos de los demás. ¿Y dónde va la libertad sin respeto? Al fracaso, al furgón de cola de la Historia, al error. Si no respetamos la libertad de los demás, ¿cómo queremos después respetarnos a nosotros mismos y que nos respeten nuestra libertad? He escogido a Miranda y a Vargas Llosa como prototipos de la libertad en América porque así lo creo, ayer y hoy, en la Historia de siempre y en la de ahora mismo, tan llena de enemigos y tan sólida en amigos como lo fue siempre.

Muchísimas gracias a todos ustedes por su paciente atención. Y por su prodigalidad y benevolencia.

Día de la Exaltación del Idioma, 23 de abril de 2014  
Salón Regio de la Diputación Provincial de Cádiz